

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

LA SEÑORA DE MENDOZA?



Se vende en la librería de *Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Vicente, 52.
1860.

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

PERSONAGES.	ACTORES.
FERNANDA DE MENDOZA. . .	Doña Adela Alvarez.
BLANCA DE MENDOZA.	Doña Concepcion Marin.
PETRA.	Doña Adelaida Zapatero.
ENRIQUE.	Don Manuel Pastrana.

La escena en Madrid, en casa de la Señora de Mendoza.

ACTO ÚNICO.

Un salon elegante.—Ventana á la izquierda.—Chimenea á la derecha.—Puerta en el fondo.—Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDA sola.

Al levantarse el telon deja la ventana, junto á la cual bordaba; y cierra los cristales con mal humor.

FERN. Esto no se puede sufrir! Preciso es confesar que ese señor está insoportable con sus pantomimas, y no porque viva enfrente de nosotras ha de ser una razon para estar todo el dia moviendo los brazos como un telégrafo! Si salgo á pié, ya está ese caballero siguiéndome por la calle como un espía; si tomo un coche y voy á pasear al Prado, ya lo tiene usted caracoleando junto á mí. Quién me librará de ese vecino importuno?

ESCENA II.

FERNANDA.—BLANCA.

BLANCA. (Entrando por el fondo.) Ah! esto es demasiado! Vaya un jóven impertinente!

FERN. Dios mio! Qué tienes, mi querida Blanca? Qué agitada estás!

BLANCA. El caso no es para menos. Estaba en el comedor junto á la ventana, cuando un jóven que vive ahí enfrente, ha tenido el atrevimiento...

FERN. De hacerte señas?

BLANCA. Cómo sabes?...

FERN. Es que tambien á mí me lanza sus flechas amorosas.

BLANCA. Si no fuera más que eso... pero cuando salgo...

FERN. Te sigue?

BLANCA. Algunas veces lleva más lejos su excentricidad... La otra noche en el teatro del Circo, me envió un banquillo con el acomodador... despues de haberlo pagado. Ayer me dió una serenata debajo de mi ventana... lo cual no dejaria de divertirme, si no fuera tan impertinente.

FERN. Segun veo, parece que solo da treguas á la una para correr en pos de la otra. Nos ha sitiado á las dos como á una fortaleza. Porque has de saber que á mí tambien me enamora, y me fastidia mucho... á pié... y á caballo.

BLANCA. Ese caballero debe tener muchas ocupaciones.

FERN. Ahora que se me ocurre: al hacernos la corte de un modo tan extraño, á cuál de nosotras dos querrá cojer en sus redes de Tenorio? Porque no puedo creer, por muy buena opinion que tenga de su persona, que haya pensado en arrebatar de un mismo golpe nuestros dos pobres corazones.

BLANCA. Sin duda nos toma por modistillas. (Sube hácia la ventana.)

FERN. Está todavia?

BLANCA. No. Ó es un nécio ó un loco. (Cierra la ventana y baja.)

FERN. Te equivocas, es un original, pero no un imbécil.

BLANCA. No se tomaria tanto trabajo, si supiese que mañana dejamos á Madrid para reunirnos á mi esposo, que nos espera en Valencia... Con tal que nuestro enamorado colectivo no nos quiera seguir.

FERN. Nos iremos al amanecer y le dejaremos que continúe dándonos melancólicas serenatas. (Rie.) Ja, ja, ja.

ESCENA III.

DICHAS.—PETRA.

PETRA. Señoritas, ahí está un caballero que pregunta por la señora de Mendoza.

BLANCA. Que pase adelante.

ESCENA IV.

FERNANDA.—BLANCA.—ENRIQUE.

PETRA. (A Enrique.) Entre usted, caballero.

ENRIQ. Gracias, chica. (A Petra, y váse.)

BLANCA. (Es él!)

FERN. (Nuestro vecino el del telégrafo!)

ENRIQ. Señoras, tengo el honor de saludarlas. Ante todo una palabra. Ustedes no tienen el placer de conocerme, eh?

BLANCA. Caballero, dígnese usted explicarnos el objeto de su visita.

ENRIQ. Con mucho gusto... he venido... Pero comencemos por el principio... (A Fernanda.) La señora de Mendoza, es usted?

FERN. Por favor, caballero, responda usted y no pregunte.

ENRIQ. Obedezco. (A Blanca.) La señora de Mendoza?

BLANCA. Confiese usted que tenemos demasiada paciencia.

FERN. Para qué quiere usted á la señora de Mendoza, si no la conoce?

ENRIQ. Verdad es que no la conozco, pero he jurado casarme con ella.

BLANCA. Esto es demasiado.

FERN. Y cómo es, caballero, que no conociéndola, ha jurado usted casarse con ella?

ENRIQ. Han de saber ustedes, que no puedo ir á una casa sin oir hablar de esa señora tan bien, pero tan bien, que es cosa de cansar á uno ó de hacer que se enamore... Y como yo no me he cansado... resulta que estoy enamorado perdido.

BLANCA. De veras?

FERN. Muy fácilmente se enamora usted.

ENRIQ. Pónganse ustedes en mi lugar: Voy á casa de mi amigo el Baron de C.... y oigo decir: Dios mio! Qué linda es la señora de Mendoza! Es un ángel! Voy al otro extremo de Madrid, á casa de la Condesa de N. Dios mio! La señora de Mendoza es un tesoro! Voy despues á casa de otros amigos íntimos, y en todas partes oigo decir: Oh! la señora de Mendoza es una mujer adorable, es una divinidad! En fin, la señora de Mendoza, tesoro, ángel y divinidad, me ha parecido reunir una porcion de cualidades tan recomendables y tan raras, que he exclamado: he aquí la mujer que necesito.

FERN. De suerte, que sin haber visto jamás á la señora de Mendoza, y por su propia autoridad, se ha puesto usted entre el número de los aspirantes á su mano?

ENRIQ. Diga usted más bien el primero. (A las dos damas.) La señora de Mendoza?...

FERN. Usted que es tan perspicáz, adivínelo.

ENRIQ. No me será difícil.

BLANCA. De veras? Pues bien, lo veremos.

ENRIQ. Lo veremos. Ella es viuda, nada la impide casarse, y no veo qué razon podría dar para no ser mi esposa.

FERN. Tiene usted una dósis de fatuidad... que me encanta.

ENRIQ. Soy la franqueza misma... Ahora, es preciso que sepan ustedes, que yo tengo un tio que no se parece á ningun tio.—Ni es gruñon, ni tiene gota, ni me llama el bribon de su sobrino. Me adora, y yo le quiero como si fuese mi propio padre. Queriendo alentarme en mis ideas matrimoniales me ha señalado una renta de diez mil duros, lo cual constituye un bello capital. La futura que yo me he propuesto, es aun más bella, y por consecuencia soy lo que se llama un partido bastante aceptable... (Volviéndose á las dos.) La señora de Mendoza?

FERN. Hasta ahora, caballero, no veo nada que justifique su presencia en esta casa.

ENRIQ. A eso voy. Esta mañana ha venido á llamar á mi puerta un maldito acreedor con un recibo de diez mil reales

que yo habia olvidado endosar á mi tio. Empero este, que no quiere darme un cuarto hasta que me case, se ha puesto hecho una furia y me ha dicho : «mi querido sobrino ; esta será la última deuda tuya que yo pague. Si de aquí á dos horas no has buscado mujer, hoy mismo te envío por el ferro-carril á Cádiz, y de allí pasas á Ultramar. Cásate y te doy el dote, ó sinó...» A esta oferta generosa le estreché la mano, diciéndole: «Mi querido tio, convenido; me casaré con la señora de Mendoza.»

BLANCA. Permítame usted una simple objeccion, caballero. No teme usted que la señora de Mendoza le rechace?

ENRIQ. No señora. Mi nombre es ya una garantía de mi próximo triunfo. Me llamo Enrique Tenáz, y mi tenacidad me ha servido en muchas ocasiones.

FERN. Apesar de su género de amabilidad... tan poco comun, puede usted no agradarla inmediatamente... Hay señoras de tan mal gusto!...

ENRIQ. He previsto el caso. Gracias á la amabilidad de mi tio... la señora de Mendoza es dueña en este momento de todo mi porvenir. Si no tengo la dicha de agradarla en el espacio de dos horas... el coche está abajo... me lleva inmediatamente al camino de hierro... parto para no volver jamás, y de esa suerte no tendrá que temer mis importunidades.

FERN. Vaya un modo singular de hacer una demanda de casamiento.

BLANCA. De suerte que si nosotras le rechazamos.....

ENRIQ. No hay término medio, emigro. Vencer ó morir, tal es mi divisa.—La señora de Mendoza?

FERN. Puesto que usted se empeña... es mi hermana. (*Señalando á Blanca.*)

ENRIQ. De veras? Qué felicidad!

BLANCA. Poco á poco caballero, es mi hermana.

ENRIQ. Por favor, señoras. (*Volviéndose á Fernanda.*)

FERN. Hablamos sériamente; las dos llevamos el apellido de Mendoza.

ENRIQ. Es muy extraño... Pero cuál de ustedes es la hija del Baron de San Vicente?

BLANCA. Yo, caballero.

ENRIQ. Ah!

FERN. Y yo tambien, puesto que somos hermanas.

ENRIQ. Me alegro en el alma. Bravo! La partida se presenta magnífica, señoras, y advierto que soy buen jugador.

Adivina si puedes,
y escoge si te atreves!

Así pues, voy á verme obligado á enamorar á entrambas.

FERN. Parece que á usted nada le arredra.

ENRIQ. Mi divisa es la audácia... y siempre la audácia...

BLANCA. Cuidado que algunas veces es peligrosa.

ENRIQ. Qué es lo que arriesgo?

FERN. Jugar en falso. Sepa usted que si una de nosotras es efectivamente viuda, la otra está aun en poder de un marido.

ENRIQ. Cuál?... (Suplicando.) La señora viuda de Mendoza?

FERN. Nuestra respuesta está en los versos que citaba usted hace poco.

ENRIQ. (Declamando.) Adivina si puedes, y escoge si te atreves! Diantre, esto se complica, y la cosa se vuelve más difícil... pero estando preparado á todo, de nada desespero.

BLANCA. Y cuándo comienza usted las hostilidades?

ENRIQ. Ahora mismo, si ustedes lo permiten: solo pido dos horas.

FERN. Y si pasado ese plazo no ha triunfado usted?

ENRIQ. La emigracion me tiende sus brazos y me arrojo en ellos.

FERN. Por mi parte, ya podia usted haber emigrado.

ENRIQ. Acaso teme usted el combate, señora?

FERN. De ningun modo, caballero... y voy á probárselo á usted. (Toca la campanilla puesta en un velador de la derecha.)

BLANCA. Qué vas á hacer?

ENRIQ. Vá usted á despedirme, señora?

FERN. No: tomará usted el té con nosotras... el dia está lluvioso... así como así nos fastidiábamos... usted nos distraerá.

ENRIQ. Gracias, señora. Al menos serviré para algo. (Al fin ya estoy en la plaza.)

ESCENA V.

Los mismos.—PETRA, entrando una bandeja con el té.

Petra. Señoras, aquí está el té.

Fern. Trae otra taza. (Sirviendo, va á tomar otra taza cerca de la chimenea.)

Petra. Bueno! bueno!

Fern. Siéntese ustod aquí, caballero, entre nosotras dos... algo peligroso será... pero aprecio en mucho su presencia de usted.

(Pónese á la mesa. Váse Petra.)

Enriq. Cuidado, señora, que usted es quien me ataca.

Blanca. No importa. La guerra está declarada, defiéndase usted.

Enriq. Y si yo me confesase vencido desde ahora?

Fern. Seria una desercion, caballero.

Blanca. Con armas y bagajes.

Fern. Ante el enemigo... Seria usted condenado á la pena capital.

Enriq. Entonces continúo el sitio.

Fern. Acaso lo ha comenzado?

Enriq. No lo ha notado usted?

Fern. Yo, no. Y tú?

Blanca. Tampoco.

Fern. Oculta usted tan bien sus baterías! já, já. Sin duda deseaba este caballero que mi hermana y yo nos hubiéramos puesto á adorarle en el acto! Dos mujeres á la vez! Ese es un delito!

Enriq. No, es la adoracion por partida doble. Nosotros no vemos las cosas bajo el mismo punto de vista.

Fern. Usted, que segun parece tiene talento, díganos alguna agudeza.

Enriq. Señora, yo no doy al que es más rico que yo.

Blanca. Nosotras somos pobres.

Fern. Vamos, un madrigal. (Burlándose.) Usted ha entrado aquí como un hombre que quiere franquear todos los obstáculos, salvar todas las barreras, y apenas ha comenzado esta lucha, cuando el menor foso le dá miedo, y

la dificultad más pequeña le espanta. Tenga usted cuidado, caballero, que vá á caer del caballo.

BLANCA. Lo cierto es que tiene usted una figura muy triste.

FERN. (Riendo.) Pobre don Enrique. (Se echan á reir y se levantan.)

ENRIQ. (Esforzándose á reir.) En efecto, esto es chistoso. Ya no sé qué decir.

BLANCA. Lo confiesa usted?

ENRIQ. (Levantándose) Yo esperaba una defensa tranquila y estrategica... pero nada... es un ataque á la bayoneta... una carga de caballería.

FERN. Una derrota tan completa, es digna de lástima.

BLANCA. Permitimos á usted que se retire con los honores de la guerra.

FERN. Y no publicaremos el parte de la victoria.

ENRIQ. No acepto.

FERN. Eh?

BLANCA. Cómo?

ENRIQ. Pido solamente una suspension de armas, una tregua, un armisticio.

FERN. Para tomar aliento?

ENRIQ. Despues volverá á comenzar el combate, más encarnizado.

FERN. Diez minutos de suspension? Concedido.

ENRIQ. Solo que como las fuerzas no son iguales... dos mujeres contra un hombre...

FERN. Lo confiesa usted?

ENRIQ. Desafio á ustedes en campo cerrado... pero una despues de otra.

BLANCA. Sin embargo...

FERN. Por supuesto!

ENRIQ. Si ustedes dudan, es que me temen.

FERN. No, caballero, aqui nadie teme... firmo el tratado...

BLANCA. Y yo.

ENRIQ. Perfectamente.

FERN. (A Blanca.) Ahora, dejémosle que se prepare... (A Enrique.) Beso á usted la mano, caballero.

ENRIQ. A los pies de ustedes. (Vánse las señoras por la derecha.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, solo.

Que vergüenza!... Dos mujeres!... Dos débiles mujeres... se han... no hay nadie... lo diremos... se han burlado de mí! Si mi tio me viese me diría: Te desconozco! Tú tan atrevido... tan emprendedor!... y yo le contestaría: «Querido tio, esas no son mujeres, son dos »ángeles.»—A pesar de mi indecision, sé que á la que debo amar es á la del vestido blanco... tiene un no se qué, que encanta, qué fascina! Querido tio, me caso con la blanca... pero, y si la otra es la viuda?... sí... Válgame Dios! Que haría yo para salir de esta duda?

ESCENA VII.

ENRRIQUE.—RITA.

ENRIQ. Eh, chica?

PETRA. Señor?

ENRIQ. Ven acá.

PETRA. Qué se ofrece?

ENRIQ. Tú has debido estar escuchando á la puerta, como verdadera criada...

PETRA. Yo, señor!

ENRIQ. Vamos, confiesa la verdad.

PETRA. Pues bien, si señor.

ENRIQ. Quieres ayudarme?

PETRA. A qué?

ENRIQ. A casarme con una de tus amas.

PETRA. Con cuál?

ENRIQ. Pardiez! con la señora de Mendoza.

PETRA. Con la viuda ó con la casada?

ENRIQ. Doncella... de labor! no tanta ingenuidad! Tu pregunta merece una respuesta. Te gustan los anillos? las joyas? los doblones?

PETRA. (Presentando la mano.) A quién no le gustan, señor?... La especie humana es tan interesada!

ENRIQ. Pues bien, Petra, por ahora no puedo darte nada; pero te prometo todas estas cosas si quieres darme algunos pormenores.

PETRA. Hable usted señor.

ENRIQ. (Sentándose á la izquierda.) Qué piensas tú de mi vecina la de la derecha? la del vestido blanco?

PETRA. La señorita Fernanda? Oh! que es muy buena.

ENRIQ. Y su carácter?

PETRA. Como una malva.

ENRIQ. Es séria, alegre? Se necesita hablar con formalidad para agradarla?

PETRA. Oh! muy formalmente.

ENRIQ. Y de mi vecina la de la izquierda? La del vestido azul?

PETRA. La señorita Blanca? Oh! que es muy buena!

ENRIQ. Y su carácter?

PETRA. Como una malva.

ENRIQ. No te dirijo la tercera pregunta, porque ya sé lo que vas á contestar; oh! que (Imitándola.) es muy buena... como una malva!.. Petra, tú te burlas de mi, tú abusas de mi debilidad, Petra! Vamos, sé complaciente, y díme cuál es la viuda.

PETRA. La que no tiene marido.

ENRIQ. Pero cuál es la que está casada aun?

PETRA. La que no es viuda.

ENRIQ. Gracias, no necesito saber más.

PETRA. (Llevándose el servicio del té.) El señor hallará siempre en mí la misma franqueza.

ENRIQ. Basta, hija mia, eres una mujer preciosa... tu discreccion me perjudica, pero me agrada.

PETRA. Mande usted, señor. (Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—Despues BLANCA.

ENRIQ. Una criada que no habla! Á dónde estamos, Dios mio! á dónde! (Vé á doña Blanca.) Ah! la señora de Mendoza número uno.

BLANCA. Está usted preparado, caballero? Ya sabe que no le

queda más que media hora para llegar al término fatal. Quince minutos para mí, otros quince para mi hermana. Hablemos de todo cuanto usted quiera, escepto de amor. (Se sienta á la izquierda.)

ENRIQ. (Ah!) (Alto.) Quiere usted que la hable de zoología? ó que haga algunas demostraciones algebráicas? Eso seria muy divertido.

BLANCA. Prefiero otra cosa.

ENRIQ. La política?

BLANCA. Oh! no. Literatura, el teatro, por ejemplo. Hace mucho tiempo que no vá usted al teatro?

ENRIQ. Bastante: los autores se duermen sobre sus laureles, y los traductores tienen tan mal gusto...

BLANCA. Es cierto: hable usted de otra cosa.

ENRIQ. Dificil es, señora; usted no quiere que la hable de amor, ni de zoología, ni de aritmética, ni de politica... Prefiere usted un cuento... el de Barba-azul, por ejemplo?..

BLANGA. Si ha de ser breve...

ENRIQ. Bien. (Gracias á Barba-azul, voy á saber si ésta es la casada.) (Sentándose á su lado.) Érase una vez un hombre llamado Barba-azul, el cual era el marido más abominable... verdad es que usted me dirá que todos los maridos son más ó menos abominables...

BLANCA. No todos, caballero, los hay muy bondadosos.

ENRIQ. (Esta debe ser la viuda.) Este Barba-azul, era pues, un marido que fastidiaba mucho á su mujer.

BLANCA. Bah! un marido que fastidia! Eso hace parte de su profesion.

ENRIQ. (Debe ser casada.) Como decia á nuestro hombre que habia descifrado ya la gama del matrimonio con seis mujeres bajo llave, se le ocurrió una noche la idea de entablar un nuevo duo con la sétima. No respetaba ni las blancas, ni las morenas, ni las rubias... No es verdad que semejantes principios son atroces?...

BLANCA. Sería usted más moral?

ENRIQ. Si usted me lo perdonaba todo, señora, yo hubiera matado con mucho gusto á las seis mujeres con tal de llegar al número siete, suponiendo que ese número hubiese sido usted.

BLANCA. Cuidado que me habla usted de amor.

ENRIQ. Y por qué no, señora?

BLANCA. (Con agitacion.) Tiene usted razon, caballero: su corazon de usted ha adivinado los latidos del mio; su alma ha comprendido las alegrías, los tormentos, las emociones de mi alma... Usted me amaba, como yo le amo.

ENRIQ. (Sorprendido.) Esa confesion...

BLANCA. Es ligera. Qué importa?... Si yo le amo!

ENRIQ. (Idem.) Señora, permítame usted...

BLANCA. La violencia de un corazon ardiente no debe sorprender á usted tan atrevido, tan emprendedor.

ENRIQ. No digo lo contrario, sin embargo...

BLANCA. Ah!... Usted no se parece á los demas hombres! Este es el secreto de mi debilidad, y me he dicho: he ahí el último de los caballeros galantes de la córte de Felipe cuarto... arrostrándolo todo por la señora de sus pensamientos... los hielos, los volcanes, las burlas, las preocupaciones, las convenciones sociales... Oh! que no sea yo Hero, porque él sería Leandro!

ENRIQ. Señora... yo...

BLANCA. Lo confieso, mi dicha suprema seria verle á mis pies... póngase usted á mis pies, Leandro.

ENRIQ. Si entrasen ahora...

BLANCA. (Con ternura.) A mis piés, lo quiero!

ENRIQ. (De rodillas.) Supuesto que esta postura la agrada...

BLANCA. (Muy exaltada.) Oh! qué bello está así... de rodillas... parece aun más grande... en vano lucho con los arranques de mi pasion.

ENRIQ. Es preciso luchar, señora...

BLANCA. Para qué? Ahora mismo tendrá usted mi respuesta. (Se escapa por la derecha haciendo un gesto á su hermana que entra por el fondo. Enrique se ha quedado de rodillas.)

ESCENA IX.

FERNANDA.—ENRIQUE.

ENRIQ. Su respuesta? La he pedido yo algo?

FERN. (Tocándole el hombro.) Caballero, está usted bien así?

ENRIQ. (La señora de Mendoza número dos.) (Se vuelve del lado de Fernanda.) A fé mia, puesto que estoy de rodillas, así me quedo.

FERN. Levántese usted.

ENRIQ. No sin haber conocido antes la verdad, la horrible verdad!

FERN. No entiendo...

ENRIQ. Su hermana de usted es la viuda?

FERN. Cómo! La indiscreta ha hablado!

ENRIQ. (Levantándose.) Con que decididamente, señora, usted es la casada?

FERN. (Burlándose.) Qué tacto tiene usted.

ENRIQ. Adios, señora; expresiones á su esposo.

FERN. (Riendo.) A dónde vá usted?...

ENRIQ. No lo sé. Vamos, decididamente estoy de mal humor. Por qué no es usted la viuda? Al venir aquí esperé siempre... mi corazon me decia, esa es la mujer á quien debes amar.

FERN. Cómo quiere usted que le crea? Dice que me ama, y al entrar aquí, le he visto á los piés de mi hermana.

ENRIQ. Es verdad.—A primera vista parecerá extraño: su hermana de usted es encantadora, pero algo exaltada, y no es esa la mujer que yo habia soñado; esa mujer es usted.

FERN. Vamos, caballero, procuremos hablar razonablemente. Hace una hora usted no me conocia, y por lo mismo su amor no puede ser ni peligroso ni menos sério.

ENRIQ. Qué le hace el tiempo? una hora dice usted? qué importa? *Para amar á uno se necesitan diez años ó diez minutos.* Este dicho es de una mujer célebre. Yo he tomado un término medio. Hace cinco años amo á la señora de Mendoza.

FERN. Sin conocerla?

ENRIQ. Sin conocerla.

FERN. Usted se chancea, caballero.

ENRIQ. No señora. Hace cinco años Mendoza y yo éramos el Orestes y el Pílades del regimiento de Ingenieros. Mendoza se fué á Madrid á casarse. Me escribió, señora, y qué cartas, Dios mio!. . Su esposa era la más en-

cantadora, la más espiritual, la más adorable de las mujeres; su estilo tan seductor, que me inflamó y... permítame usted que lo confiese, me enamoré de la señora de Mendoza.

Fern. Por correspondencia?

Enriq. Sí, pero más prudente que mi amigo, resistí al deseo de ver realizado mi sueño, mi vision, mi ser ideal. Yo me decia: es un crímen amar á la esposa de un amigo. Procuré distraerme, divertirme, ensayé hasta el desafío.

Fern. Un desafío!

Enriq. Sí, un aturdido se atrevió á decir delante de mí que la señora de Mendoza era rubia... detesto á las rubias... le sostuve que era morena y le arrojé mi guante al rostro... nos batimos. La suerte se me declaró contraria.

Fern. Ahora recuerdo ese desafío... Mendoza mi... cuñado nos ha hablado de él varias veces: usted salió gravemente herido.

Enriq. Oh! casi nada... un arañazo...

Fern. Que le tuvo en cama tres meses.

Enriq. Y que han sido los tres meses más dichosos de mi vida. Quién me devolverá esas horas de fiebre en que la imágen de la señora de Mendoza se me aparecia orgullosa y risueña ante el lecho del dolor? Cuando me curé dejé el servicio, viajé, y cesó la correspondencia con mi antiguo amigo. Hace algunos meses supe que el pobre Mendoza habia muerto... volví apresuradamente á Madrid... cuando ví á usted por primera vez, por poco pierdo el conocimiento, era la señora de Mendoza tal como yo la habia soñado... más bella aun... Pero cómo presentarme en su casa?... bajo qué título? bajo qué pretesto? Necesitaba un medio atrevido; ya sabe usted el que he empleado... Ay! mi corazon me engañó, en vez de amar á la viuda, amaba á la mujer casada, yo amaba á usted, señora!

Fern. Decididamente no es usted dichoso en sus empresas.

Enriq. Oh! pero no renuncio á usted así, señora; esperaré á que su esposo muera, y morirá... este deseo es feroz,

pero despues de todo, su esposo de usted no es mi ami- go, y este año la mortandad de maridos es horrorosa. Usted dirá que soy un loco...

FERN. Hay locos que se vuelven cuerdos.

ENRIQ. Si usted quiere encargarse de devolverme la razon..?

FERN. Tal vez...

ENRIQ. Con que podria yo esperar?..

FERN. Acaso tengo derecho á quitarle la esperanza?

ENRIQ. Ah! señora!

FERN. Espere usted aquí. (Se aleja.)

ENRIQ. Pero, señora, usted ha dicho... (La sigue.)

FERN. Que espere usted... (A la puerta y váse.)

ESCENA X.

ENRIQUE solo.

Que espere? Qué querrá decir? maldito si entien- do una palabra. Si será viuda tambien? Vamos, esta conquista me cuesta más que poner una pica en Flan- des. Oh! sexo engañador! Si el Coloso de Rodas fuese de carne y hueso, siempre habia de hallar medio una mujer de metérselo en el bolsillo.

ESCENA XI.

ENRIQUE.—PETRA.

PETRA. Señor? una carta para usted.

ENRIQ. Es azul... será de la señorita Fernanda.

PETRA. No señor, es de la señorita Blanca. Aquí tiene usted la de la señorita Fernanda.

ENRIQ. Color de rosa? Vamos, esas mujeres me van á hacer ver todos los colores del arco íris.

PETRA. Ay! pobre don Enrique. (Váse riendo.)

ENRIQ. Esta es su respuesta. Cómo me late el corazon! Deja- remos la de color de rosa para despues y leamos esta que no me importa tanto. (Leyendo.) «Caballero, han »pasado las dos horas... no olvide usted las condiciones

»establecidas.—El coche está abajo.—Blanca de Mendoza.» Muy bien, esta se ha burlado de mi, lo cual me es indiferente. (*Se sienta á la izquierda.*) En este es donde está la dicha! (*Lée.*) «Caballero, han pasado las »dos horas... el coche está abajo.—Fernanda de Men»doza.» (*Levantándose.*) Se burlaba de mí! Ah! Esto es horrible, y aunque supiera que me castigaban por mi curiosidad, necesito saber á todo trance cuál es la viuda. Ah Fernanda! A pesar de tus crueldades, lo arrostro todo por saber si tengo el derecho de amarte! Busquemos un medio. Ah! (*Coge una campanilla y se pone á tocar muy fuerte.*) Dios mio! Socorro! Socorro! Socorro! Qué desgracia!

PETRA. (*Apareciendo.*) Qué sucede?

ENRIQ. Petra! Petra! Vé pronto, corre! La señora de Mendoza se ha puesto mala!

PETRA. La señora de Mendoza? Cuál!

ENRIQ. La viuda, Petra, la viuda!

PETRA. La señorita Fernanda!... Voy corriendo!

ENRIQ. Fernanda! Qué dices, Petra! Luego Fernanda es la viuda?

PETRA. Si señor.

ENRIQ. Ay Petra! Yo sí que me he puesto malo! Sostenme!

(*Cae sentado á la izquierda.*)

ESCENA XII.

DICHOS.—FERNANDA.—BLANCA.

FERN. Qué es eso? Qué ruido es ese?

BLANCA. A qué viene ese repique?

ENRIQ. Deseaba despedirme de ustedes, señoras.

PETRA. Pero...

ENRIQ. (*A las tres enseñándoles las cartas.*) Cállate! Porque ustedes lo han escrito, señoras, el coche está abajo; pero al menos, gracias á mi estratagema, me voy conociendo á la verdadera señora de Mendoza (*Mira á Fernanda.*)

FERN. Cómo! usted sabe...

ENRIQ. Lo que mi corazon habia ya adivinado.

FERN. Confiese usted que ha perdido...

ENRIQ. Todo... hasta el corazon.

BLANCA. Así, pues, en castigo, á Ultramar.

ENRIQ. Si mañana no he visto á usted... me ahorco.

FERN. (Sonriendo.) Quiere usted la cuerda?

BLANCA. Puesto que tan á pechos toma usted la broma... será preciso que acepte la cadena del casamiento?

ENRIQ. Oh! no es una prision lo que me promete, sino un paraiso terrenal.

FERN. (Sonriendo.) Usted está loco.

ENRIQ. Convenido. Pero usted ha prometido curarme. Cuándo empezamos el tratamiento... por el matrimonio?

FERN. Es usted tan testarudo, que será preciso ceder.

ENRIQ. Qué felicidad? Será usted mi esposa?...

FERN. Única, no es cierto? Porque en amor no me gusta la partida doble, ni una mujer en dos tomos.

ENRIQ. Para qué? contigo toda una biblioteca!

FERN. (Dirigiéndose al público.)

Puesto que terminada
ya está la pieza,
falta, público amigo,
ver si la aceptas.
Dí si te agrada,
otorgando indulgente
una palmada.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 5 de octubre de 1860.

El Censor de teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Circulo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.